

# Un regalo de Andrés

**A**ndrés volvió a la casa bastante tarde con una de esas rubias. Esas que usan corpiño y tanga de leopardo que hacen juego. Hacía tiempo que yo esperaba que trajera a una mujer, pero tal vez por miedo de ofenderme no lo hacía. Me alegré por él, pero los ruidos que venían de su cuarto me mantuvieron despierta y tuve que prender la lámpara y ocuparme con algo. Abrí la revista “Mademoiselle” tirada a un lado de la cama. Otro regalo de Andrés, la toma mensual llegaba a parar en mis manos apenas aparecía en el correo. La revista era todo lo que le quedaba de su divorcio. El nombre de su ex estaba impreso en la tapa. Me acuerdo de como se achinaron los ojos de Andrés cuando me trajo la primera revista que llegó a nuestra casa.

Si no fuera por la misteriosa ex, yo nunca tendría en mi poder una revista de moda tan odiosa. Traté de imaginar qué era lo que ella encontraba de interesante en esas páginas dedicadas a la degradación de la mujer. Pero así Andrés las escogía: muy lindas pero con poco cerebro. Con razón no lo apreciaban: no tenían las facultades intelectuales para entenderlo. Él, debidamente, quedó abandonado. Una vez me mostró la foto de su ex, (parecida a todas con que él coqueteaba) pero por lo que me contaba, no era tan genia, que digamos. Eso le pasa por cotizar a la mujer por su apariencia. Me senté en la cama. Di una ojeada a la revista. Era nada más que puras propagandas de ropa, perfume, maquillaje, farmacéuticos y cigarrillos. La modelo que me llamó la atención era una muchacha de bikini estilo cebra. Tenía unos aretes dorados que eran como plantas que le colgaban de las orejas. Llevaba también un collar de algas marinas y conchas rosadas que tampoco iba con su atuendo. Calzaba tacones negros altísimos. Su piel parecía brillar como si fuera de seda. El pelo rubio y fino lo tenía atado atrás de la cabeza en un moño perfecto. Los huesos de la clavícula resaltaban. El resto de su cuerpo parecía un largo y esbelto tronco de lapacho, sin curvas, continuo y uniforme en su moldura. Aunque la imagen me parecía atroz, sentí urgencias de maquillarme, peinarme, ponerme algo muy sexy o lo que fuera para no caer en el abismo; en la tortura interminable que sufre la mujer de apariencia ordinaria. La mujer que nunca siente el placer de recibir una mirada feroz o escuchar las rimas ridículas del piropo, los “¡Ay mami, estas tan completa: como quisiera ser la silla de tu bicicleta!”

A los quince tuve mi primera experiencia sexual. Él me iba desvistiendo. Con la blusa caía una lágrima, con la falda otra, y con el sostén ya no pude contener el llanto. Cerré los ojos pero no logré detenerlo. Inmóvil, dejé que me desvistiera, porque quise que me amara, pero en cuanto él me iba quitando la ropa, lo único que yo sentía era una rabia. Rabia contra mi propio cuerpo y un miedo paralizante. Miedo del rechazo. ¿Y sí

a él le causaba risa el cuerpo tembloroso y pálido de una quinceañera inocente?

La carcajada histérica de Andrés penetró la pared que separaba nuestros cuartos. Cuando lo conocí sospechaba que era homosexual, pero después, mientras veíamos películas en el sofá por las tardes, él iba haciendo comentarios sobre las actrices. “Que bien que está.” o “Tiene precioso trasero.” Para ver si era burla, yo comentaba sobre los actores, “Está como para comérselo.” y Andrés contestaba “¿Te parece guapo? No lo sabría decir.” Pienso que percibía mis sospechas y los estaba anulando a propósito. Sin embargo, nos íbamos de compras y él hacía comentarios sobre la ropa que compraba, “Esa es una falda muy bonita.” No me decía, “Te ves bien en esa falda.” Si comentaba sobre mí, eso tendría cierto significado, pero comentaba sobre la falda, como una amiga ofreciendo su opinión. Yo no entendía lo que pasaba. Pero sí hubo una vez, cuando salimos con amigos, que me pareció que yo lo atraía, sin duda. ¿Sin duda? Bueno, yo había tomado demasiado y nada de esa noche quedó muy claro. Mi cabeza se volcaba como un yacht en alta mar y en cualquier momento se me iba subir jugo de naranja y vodka como un tsunami amarillo. En parte era por haber tomado en exceso, pero en parte era por las miradas que él me lanzaba. ¿De verdad sus ojos me devoraban sutilmente o estaba yo viviendo unas fantasías intoxicadas? Cuando le dirigía la vista, él me esquivaba. Andrés, quien no tenía vergüenza de nada, ¿tenía vergüenza de mí? Le pedí las llaves de su auto para ir a sentarme en la oscuridad un rato. Me dijo sin vacilar que me llevaría a la casa. Le dije que no hacía falta pero insistió. Abandonó a los amigos del bar y por poco me carga hasta el auto. Me hacía caricias y me aconsejaba como una madre: “Cuando vuelvas a casa toma té con mucha agua, pero no bebas café que eso te deshidrata. Debes comer algo salado sin falta.” Me ayudó a bajarme del auto y hasta me abrió la puerta de la casa porque desconfiaba de que yo pudiera con ella en ese estado. Todo me pareció de lo más dulce pero me causaba terror. Si él gustaba de mí eso arruinaría todo: éramos compañeros de casa. Además, yo no soy como las mujeres con quienes él andaba. A la mañana siguiente le agradecí por todo y no se habló más del asunto, pero no pude dejar de pensar en ello.

De repente escuché su voz. Nunca la había conocido antes a esa rubia plateada con peinado a lo Marilyn Monroe, pero ya no la aguantaba. En los pocos minutos que charlamos en la sala ya me irritaba su forma de ser; carecía de cualquier delicadeza, hasta era machona. Por su puesto, a la machona se le ocurre meterse con el afeminado. Vi como ella le agarraba el brazo agresivamente mientras conversábamos, las uñas hundiéndose en su carne, dejando medialunas en su piel, marcando su territorio. Me imaginaba que tenían látigos y trajes de cuero ahí dentro. En la vidriera de un negocio pequeño y escondido, vi una vez uno de esos trajes de cuero. Consiste de una red de tiras que apenas cubre los pezones al entrelazarse. A ella le quedaría perfecto.

Mis manos repasaban las páginas de la revista sin ganas. Me acuerdo de cuando era chica, lo único que añoraba era ser Marilyn Monroe. Mis padres nunca me permitieron que me tiñera el pelo, así que a escondidas me ponía jugo de limón y me acostaba al sol. Lo hacía

todos los sábados cuando mis padres se iban de compras. Poco a poco se me esclareció el cabello pero nunca llegué a ser tan rubia como Marilyn. Me fascinaba su lunar porque sabía que ella lo consideraba su defecto más odioso, y para el mundo de hoy un pequeño lunar al costado de la boquita es un símbolo de belleza seductora y única.

En la revista hubo varios cuestionarios para determinar el carácter de uno, comportamiento, fallas, fuertes y tal cosa. “¿Tienes baja la autoestima? ¡Averígualo!” Bateé la cara de la modelo con el índice, irritada, “¿Cómo no voy a tener baja la autoestima cuando te ves así?” La saqué la lengua. Ella me sonrió. Pasé las manos por debajo de mi camisilla, agarrando puñales de grasa, imaginando como me las arrancaría si pudiera. Puse las manos entre los muslos suaves y soñaba con tenerlos duros y musculosos. De la gordura que sobraría inventaría un jabón que dejaría gorda a toda mujer que lo usara. Lo regalaría todo a la rubia de al lado que no paraba de gritar.

Los ruidos ya se hacían inaguantables. Llevé la revista y mis puchos al patio. Me senté en la escalera y encendí un cigarrillo mentolado. Dicen que los hombres no deben fumar mentolados porque les inhibe la producción del semen. Abrí la revista de nuevo y traté de leer con la poca luz que emanaba de la casa. Escuché a lo lejos la cachaca de una fiesta. A cada rato ladraba un perro. Un auto pasó. Otro. Miré la propaganda de la mujer con colorete rosado y uñas rosadas. Odio el rosado. Mis padres mandaron a pintar mi cuarto de rosado cuando yo tenía ocho años y nunca los perdoné. Soplé humo en la cara de la recontra-ultra-perfecta modelo y apagué mi cigarrillo en su frente. Saqué mi encendedor y prendí fuego a la revista. Me alegró verla quemarse.

En una noche fría sin luna ni encanto, poco después de que Andrés se había mudado a la casa conmigo, los dos teníamos ganas de ir a una heladería que quedaba al otro lado de la ciudad. No era tan tarde, pero la ciudad dormitaba y parecíamos estar solos, conduciendo por las calles decoradas de faroles casi navideños. Hablábamos de los amores pasados, los que fracasaron de las maneras más patéticas, y me sentí bastante cómoda como para contarle de un sucedido que no había comentado con nadie, porque yo simplemente no hablaba de esas cosas. Andrés me inspiraba cierto tipo de confianza: yo sabía que podría contarle lo que fuera y que él no me juzgaría. Él era bien tranquilo.

“Una vez, yo salía con un tipo rarísimo,” comencé. Mientras me lanzaba al cuento me preguntaba si sería mejor no continuar, pero seguí. “Él se vestía tan mal y su peinado parecía un animal muerto. No sé porque salí con él, pero eso sí, le gustaba que le hicieran cosas: como ponerle pinzas en los pezones y atarlo o qué sé yo. Por supuesto, yo nunca hice nada de eso con él porque a mí no me gustan esas cosas. Una noche entró a mi apartamento cuando yo estaba durmiendo desnuda. Yo siempre dejaba la puerta sin llavear por si él quería entrar a altas horas, ya que vivíamos en el mismo edificio, pero nunca le conté que yo lo hacía. Quise ver si se atrevería a probar la puerta sin permiso. Esa noche se le ocurrió. Susurró cerca de mi oreja, *‘Soy yo. ¿Me puedo quedar o quieres que me vaya?’* Me desperté asustada y él empezó a

largarse, porque creyó que me había ofendido, pero le llamé y abrí los brazos para recibirlo. Entonces se subió a la cama, pero sólo encima de las sábanas. Se subió encima mío, pero sin que nuestra piel se tocara – sólo nuestras bocas - y me besó. Yo lo besé agresivamente y le mordí fuerte por el cuello y los hombros, sin parar. Antes de que pudiera pasar otra cosa, dio un gemido y se acabó todo. ¡Me besó una vez más y me dijo ‘*¡Me haces sentir como un niño!*’ y se fue! Creo que esa noche decidí dejarlo de una vez.” Terminé mi cuento con una carcajada enorme. Andrés se rió también pero era una risita nerviosa. “Bueno, a mucha gente le excitan esa clase de cosas. Psicológicamente, los estímulos sexuales se pueden producir de muchas maneras diferentes, depende de a lo que uno esté acostumbrado.” Yo esperaba que me confiara algo suyo, pero solo concluyó diciendo, pensativo, “Sí, he estado con muchas mujeres diferentes.”

Escuché la puerta abrirse a mis espaldas. Salió Andrés con la rubia mastica chicle. “Hola” les saludé sin ganas. Ella estaba algo ruborizada debajo de su bronceado de cama solar. Su pelo rubio enruladito ya no estaba tan fijo. A Andrés le faltaba un poco la respiración, y en el cuello tenía medialunas. No pude verlo bien en la oscuridad, pero me dio la impresión de que tenía los ojos maquillados. “¿Qué estabas quemando?” me preguntaron, oliendo el humo. “Porquería” les respondí.

Andrés la acompañó hasta su coche y se despidió de ella sin beso ni abrazo. Volvió a la escalera y se sentó a mi lado. “Está preciosa la noche,” me dijo, con esa risita nerviosa y los gestos acelerados suyos. “Bueno ¿y qué con ustedes dos? Cuéntame que me muero de curiosidad.” “No pasó nada. Estábamos coqueteando no más pero enseguida me di cuenta que me sentiría raro al tener algo con ella. Es mi compañera de trabajo y tendría que verla todos los días. No, no quiero meterme con eso. Además, no tenemos mucho en común. ¿Me invitas un cigarrillo?” me preguntó ansiosamente.

“Por supuesto,” le respondí. Pensé en decirle que a lo mejor no debería fumar el mentolado por el efecto dañino que produce en los hombres, pero me callé porque la verdad es que los hombres como Andrés no deberían de reproducirse. Él tenía una manera de mentir que me desesperaba y no sabía disimular tampoco. Si por lo menos encontrara la fuerza de ser hombre de verdad y tuviera el coraje de mostrármelo, sus fallas serían perdonables. Pero ya había malgastado demasiadas oportunidades. Los dos nos quedamos sentados en la escalera, yo en mi camisilla de noche y él en su estado deshecho, soplando anillos de humo al aire y escuchando los ladrillos de perro que sonaban a lo lejos.

**Eva Romero**

## **Crítica**

“Un regalo de Andrés” es un cuento de Eva Romero de indiscutible interés narrativo y muy hábil elaboración. Siguiendo una vieja máxima de la cuentística tradicional, que recomienda atacar el tema de la historia desde las primeras líneas, Eva Romero nos presenta el nudo de su narración en las tres oraciones iniciales: “Andrés volvió a la casa bastante tarde con una de esas rubias. Esas

que usan corpiño y tanga de leopardo que hacen juego. Hacía tiempo que yo esperaba que trajera a una mujer, pero tal vez por miedo de ofenderme no lo hacía”. Los tres personajes centrales de la narración (la narradora-protagonista, Andrés y la rubia) ya aparecen esbozados, con gran síntesis expresiva, en estas palabras de apertura. Luego veremos descorrerse todo un juego de sentimientos complejos y a veces contradictorios entre Andrés y la narradora-protagonista. El tejido psicológico de la Narradora-protagonista es muy convincente: una mujer atrapada en una compleja red de deseos, frustraciones, inseguridades sobre sí misma. Andrés, por su parte, es un personaje “escurridizo” (para la narradora y también para el lector), difícil de determinar en sus reales deseos y ambiciones.

En el plano de la expresión y del lenguaje, esta historia no está carente de numerosos logros expresivos, a menudo relacionados con imágenes del “deseo” en la narradora-protagonista. Cierta estética “pop” aflora en las frecuentes alusiones al mundo de la publicidad: revistas de moda, portadas con imágenes que de forma “obscena” ostentan los cánones de “perfección” y “belleza” en la sociedad contemporánea.

La narradora muestra una gran habilidad para trazar, de un modo ágil y convincente, a los personajes secundarios o “de fondo” dentro de su historia; como ese “tipo raro” con quien salía quien “se vestía tan mal y su peinado parecía un animal muerto. No sé porque salí con él, pero eso sí, le gustaba que le hicieran cosas: como ponerle pinzas en los pezones y atarlo o qué sé yo.”

**Oswaldo Cleger**